



Así desfilaba la XVII Promoción.

25 años después...

FRANCISCO MORALES IZQUIERDO.
Teniente Coronel del Arma de Aviación (E.T.S.)

Confieso que cuando me disponía a recorrer los seiscientos y pico kilómetros que me separaban de la Academia General, la ilusión no ocupaba un gran espacio en mi equipaje. Era grande, en cuanto se refería al reencuentro con viejos compañeros unidos por la sólida y profunda amistad nacida en el doble y común amor a España y al cielo azul; era me-

nor, en lo que concernía al acto central de la reunión, pues renovar el juramento de fidelidad a la Bandera, era cosa que venía y vengo haciendo, con sincera entrega, no sólo cuando tres veces al año pronuncio la fórmula ritual a mis reclutas, sino cada vez que al entrar en la Base dejo atrás el "Todo por la Patria" y, era nula o casi nula, en lo que suponía de regreso a un Centro,

el Académico, que en su afán de conseguir unos buenos y disciplinados Oficiales, olvidó quizás, en general, ese trato humano, esa relación cordial – tan bien recogida hoy en la Reales Ordenanzas – que no estando reñida con el objetivo antes citado, hacen surgir el cariño hacia el lugar que nos acoge y hacia los hombres que lo habitan.

Cavilando andaba yo en es-



Cadetes de ayer...

tos extremos cuando, el sonido de alguna que otra bocina y el inmediato agitar de una mano, me hacía pensar que algún compañero más veloz, se aprestaba a llegar antes a nuestro destino, destino que, por otra parte, se vaticinaba con tan sólo contemplar el característico color de la tierra que se abría más allá de los límites de la carretera. Pero algo había cambiado, el paso del tiempo se dejaba notar con la transformación que se había producido en estas tierras, yermas antes, fructíferas ahora, bien al sol o guarecidas bajo esos tejados de plásticos relucientes bajo las que va escondiéndose a a tramos, pero siempre con la compañía indispensable de esos grandes estanques de agua que han surgido por doquier.

Mas la mano bienhechora del tiempo, se me presenta, de pronto, dura, cruel, inapelable. El símbolo altivo de la planicie que aún luce su altura desafiante en todo el contorno, le ví herido de muerte. "Esa afluencia cristalina" que estudiáramos en el Sali-

nas, el querido u odiado "Cabezo Gordo", llevaba camino de desaparecer. Incapaz el tiempo de ponerle canas, arrugar su piel o agrandar su cintura, permite que le vayan mutilando, poco a poco, a tajadas, su altura, desperdigándolo en material para uno y mil cimientos, transportado en interminable desfile de hormigoneras.

Ante la paciente comprensión de los encargados del ho-

tel, que veían como su trabajo se interrumpía, una y otra vez, cuando acababa de empezar, el vestíbulo fué llenándose de abrazos, palmadas, estrechar de manos, y cariñosas frases de saludo. Uno a uno, allí nos íbamos encontrando, con el ánimo alegre y el deseo incontenido de pretender conocer en un instante el largo trecho de los veinticinco años de la vida del amigo que se separó. Las conversaciones fueron hilándose, las familias conociéndose, las hojas de Servicio desgranándose, los recuerdos aflorando, los gratos momentos reviviéndose, la amistad, en fin, renovándose, en medio de una alegría desbordante que hizo que pasaran los minutos, sin que nadie, pese a los largos viajes realizados, se percatara de lo avanzado de la hora.

Al día siguiente, nada especial sentí cuando atravesé el Control de Entrada. Había vuelto, sin más. Miré en rededor intentando hallar, prendido en el ambiente, algo de aquel espíritu juvenil que



...Oficiales de Hoy.

años atrás me había llevado allí. Era un hombre sediento de amor pidiéndole a las piedras, a los árboles, a los muros, que me hablaran de aquellos mis cuatro hermosos años, que me contaran de mis raíces, de lo que allí me motivó, de lo que me alegró, de lo que me hizo sufrir, de lo que me hizo vibrar, en suma. En silencio me dirigí hacia la Plaza de Armas, donde, por un momento, me pareció oír el firme pisar de una formación decidida con sus tacones bien picados, el unísono acompasar de unos movimientos de armas y el restallante y seco chocar de pies de los que al ponerse en posición de firmes se colocaban en disciplinada posición de obediencia. Busqué y no encontré a nadie. Figuras mías, pensé, y la tristeza me invadió. Pese a mis deseos, seguía sin sentir nada. Pronto, la Plaza fué llenándose y el toque de atención avisó que la presencia de la Autoridad que presidía era inminente. Y el Acto comenzó.



...prometéis a España.

Brillando al sol, la Bandera roja y gualda la tenía enfrente. Recreándome en su mirada, hallé la razón de lo que allí me había llevado. Todo empezó hace ya muchos años, cuando a la desgracia de la muerte de un padre, se inicia un largo peregrinar por una serie de Colegios con una línea de educación bien definida en sus bases y en sus fines. Eramos todos "rapaciños" – como se nos llamaba en aquella

bendita tierra gallega – con largos mandilones grises cubriendo nuestros cuerpos y duraderos zapatos de goma calzando nuestros pies. Largos, anchos, espaciosos dormitorios, guardaban un sueño, que se acompasaba con el musical tintineo del interminable gotear que unía el tejado con los barreñones que sembraban el suelo en múltiples columnas transparentes. Unas repetidas y sonoras palmadas, convenientemente entremezcladas con breves jaculatorias, marcaban el comienzo de un día que tomaba intensidad, minutos después, en un amplio pasillo que aún hoy puedo ver nítidamente apareciendo entre los más arcanos rincones de mis recuerdos.

La débil luz de las lluviosas mañanas alumbraba, a través de los enormes ventanales, a una formación de muchachos perfectamente alineados por estatura, de menor a mayor, frente a un abanderado que portaba la Enseña Nacional. Ser el abanderado del día, era el más alto honor al que aque-



Juráis por Dios...



Con la mirada en el futuro...

llos niños – de edades comprendidas entre los 5 y 12 años – aspiraban día a día. Para ser merecedor de él existía una fórmula sencilla: ¡Ser el mejor! Los estudios, los deportes, el canto, el teatro, el compañerismo, la urbanidad, las buenas acciones, el cuidado personal, cualquier cosa, en definitiva, servía para destacar y ser el elegido. Todavía si hago marcha atrás en el tiempo, puedo sentir la enorme emoción que embargaba cuando se asía con fuerza el asta y se daba frente a aquella diminuta, envarada, vibrante formación de amigos. Eramos poco más de un centenar los que notábamos cómo el corazón se nos disparaba cuando, todos juntos, con fuerza, con rabia, con alegría, uníamos nuestras voces infantiles para entonar las estrofas siempre recordadas del Himno Nacional:

¡Viva España!
alza los brazos hijos
del pueblo español
que vuelve a resurgir...
Emoción ante la vida, ilusión por el futuro, orgullo del

quehacer común, honestidad en las acciones, sentimiento total de España, amor a la Patria,... estos y otros fueron los pilares de una educación, para la que siempre guardaré gratitud.

Múltiples y dispares vidas salieron de aquel grupo de infantes. Estoy seguro que, fuera cual fuese el camino elegido, en todos ellos habrá quedado constancia de ese enorme amor a España que

nos inculcaron, de ese profundo sentimiento de Patria que nos hicieron concebir. La actitud de intentar servirla dirigieron mis pasos hacia donde yo creía – y sigo creyendo ¡Gracias a Dios! – que podía hacerlo mejor. Desde entonces vengo ocupando un puesto en una Promoción de la Academia General del Aire, la XVII, en la que seguí encontrando vivos los viejos ideales que me enseñaron, entre los que siguen destacando, la identidad con nuestra tierra, el compañerismo que une hacia el fin común y la búsqueda continua de la imposible perfección.

Besamos la Bandera con parsimonia, recreándonos, amándola, ya no nos invadía el nerviosismo del cadete que fuimos casi treinta años ha. Ahora éramos portadores de una experiencia que fué madurando a través de una posición en la que debe darse todo sin pedir nada a cambio, a no ser la propia e íntima satisfacción de lo bien hecho, la del deber cumplido. Allí estaba-



... y el recuerdo en el pasado.

mos, dispuestos a todo como el primer día, ocupando con nuestro recuerdo los huecos que la vida había ido produciendo. Doce nos habían dejado y es que, a veces, pienso yo, Dios debe necesitar alegrar el mismo cielo y, por eso, se lleva a los mejores. ¿Quién me dice a mí que los mismísimos ángeles no necesitan, de vez en cuando, reciclar sus artes de volar? ¿Quién me convence a mí de que las estrellas no necesitan rejuvenecerse? ¿Quién me niega a mí el que todos necesitemos de embajadores – los mejores entre nosotros – que nos precedan en la otra vida?. El toque de oración, sin embargo, volvió a unir al completo a una Promoción que siempre tuvo como color el claro azul del cielo, ese cielo en el que alguna vez volverá a juntarse y por el que ahora vuelan amigos del alma:

*Agustín Gil de Montes Romero de Avila.
Pablo Sánchez García.*



Componentes de la XVII Promoción.

*Enrique López Tarren.
Ricardo de Lacanal Pérez.
Arturo Pérez-Zamora Le-
cuona.
Pedro Miguel Cruz Liñan.
José Miguel Antequera Rol-
dan.
Carlos Bernal Saénz.
Agustín Regodón Vizcaíno.
Antonio Mañas Prieto.
Fernando Valero Avezuela.
Antonio Ruiz de Castañeda
de la Llave.*

Al oír sus nombre las lágrimas que habíamos venido conteniendo, corrieron a raudales. A su término todos nos fuimos abrazando – con nuestras familias y con nosotros mismos – en silencio, incapaces de articular palabra alguna. Se notaba en el ambiente la importancia del acto en el que habíamos participado como principales protagonistas y en el que habíamos tomado nuevo impulso en la virtud del cariño.

La fiesta vino luego.

Y, ahora, cuando llega el momento del regreso, no tengo más remedio, a fuer de ser sincero, que escribir el final recomponiendo el principio, pues cuando me disponía a recorrer los seiscientos y pico kilómetros que me separaban de Salamanca, la ilusión ocupaba lo más amplio de mi corazón, pues había sido renovado con el abrazo del amigo, con el beso a mi Bandera y con la vuelta a un lugar donde supieron hacerme militar. ■



Formación, de la Patrulla Águila.